

El vuelo de Melisa

Por José Hugo Fernández

Publicado en Encuentro en la Red, 15 de Octubre de 2003

Un espectro atraviesa las sombras retintas de La Habana. Es Melisa, paso sin huellas, esencias transmigradas, cuerpo como el de la güira: tripas por dentro y nada más. Al igual que los primeros estoicos, ella decidió exprimírle el sumo a la verdad. Y ahora se ha ido con lo único que es verdadero y trascendente, el alma, dejando un organismo vacío, dado a pasearse por las calles, reflejado tal vez en miles, cientos de miles de otros perfiles jóvenes que enhebran sus propias fantasmagorías y asumen mal que bien su desolada condena.

Desde que leí *La caña rebelde*, de Nina Berberova, vivía penando al creer, ingenuamente, que en la literatura cubana de hoy no se registraban ejemplos como el de esa rusa exquisita, poseedora de un estilo que, como las nubes, oculta toneladas de peso neto detrás de la apariencia más suave. Era sumamente desconsoladora la idea de que entre nuestros novelistas actuales, o al menos entre los más conocidos, no acaba de imponerse la tendencia a mostrar los estragos del totalitarismo no sólo a través del enunciado común, lo anecdótico, las palabras crudas y otros énfasis al uso, sino también como lo hace Berberova, desde las irradiaciones del espíritu.

Por ello quizá resulta tan estimulante la lectura de ***Gata encerrada***, primera novela (y tercera en ser publicada) de la serie «La Habana oculta», escrita por Daína Chaviano. Con la aparición de esta obra y con el alumbramiento de su personaje central, Melisa, delicioso ángel de la noche, quedan iluminados otros rumbos para la novelística de Cuba y además se ratifica la madurez total de una autora que desde adolescente desgranó singularidades pero que ahora tensa su arco para remontar el horizonte, al margen de estrecheces patrioterías y folklóricas, aunque con los pies siempre afincados en la tierra que le dio savia. Aquellos escritores de la Isla que hoy amasan su pan con el recuento chato de nuestras desgracias, y aquellos otros que optan por la triquiñuela, elaborando argumentos que desestiman, evitan toda referencia comprometedora, debieran sopesar por igual la lección de esta novela.

La fantasía, los vericuetos de la mente y las cáscaras del alma, el misterio de la vida como nimbo infinito, los sueños, el amor, la angustia, los suplicios de un karma fatal,



son trenzados aquí con pulso de miniaturista chino para recomponer el ambiente de una Habana que sólo parece revelarse tal cual es en medio de la más densa oscuridad, cuando las siluetas de los edificios semejan bestias dispuestas a saltar sobre sus habitantes. No frecuentemente la narrativa cubana de las últimas generaciones ha conseguido denunciar con igual virtud nuestros males y son raras las veces en que logra hacerlo con un aliento poético que es propio de las buenas obras.

En *Gata encerrada* hay dos niveles de lectura, de la misma manera que hay dos protagonistas, Melisa y las tinieblas. Sólo que ambas forman parte de un ente común e indivisible. Delante, la historia de una muchacha fantasiosa, solitaria, lela, que se extravía dentro de la propia piel, acosada por lo que ven sus ojos y vapuleada por las múltiples reencarnaciones de su espíritu. "No sé quién soy, ni dónde vivo. Ni siquiera estoy segura de mi nombre. ¿He visto el futuro desde algún pasado? ¿O recuerdo el pasado desde mi futuro? ¿Vivo en una isla al borde de los hielos o en un país que hierve con el vapor del trópico? Islas, islas, islas... Como si mi destino fuera siempre habitar en reclusión".

Detrás, como telón de fondo, La Habana, apagada, opresiva y marchita: "Llegamos a odiar lo que más amamos, y eso nos llena de culpa, nos enloquece. ¿Cómo puedo amar y odiar con tanta saña el aire que me rodea, el sol que me calienta, la tierra que guarda los huesos de mis abuelos y que algún día cubrirá los míos? Es una rabia que se extiende a nosotros mismos —a nuestros amigos, a nuestra familia, a los que están aquí, a los que se fueron— por permitir que esto sucediera".

El diario de Melisa, uno de los principales hilos conductores de la novela, se gasta páginas notables, de las mejor logradas en la narrativa cubana contemporánea, con un trazado que por su precisión, delicadeza, hondura, recuerda a ciertos maestros de la lengua anglosajona. Pero a la vez, y aún por encima del mero detalle técnico, este diario configura una denuncia estremecedora: "No comprendo por qué estoy tan llena del deseo de dar y, sin embargo, todo cuanto me rodea me lo impide". Reflexiones tales, vertidas desde la más íntima llaneza, nos obligan a aguzar la visión para observar la realidad con aquellos ojos que, según el poeta, si aprendiesen a llorar provocarían un segundo diluvio.

El diseño de contenidos de *Gata encerrada* se complementa con las descripciones de un narrador omnisciente, enriquecidas con los sueños o los textos de la propia protagonista, quien, como su creadora, experimenta desde muy joven una marcada vocación literaria. "Escribir es su manera de rebelarse", puntualiza la voz que narra, en tanto Melisa repite para sí: "Mientras pueda escribir, estaré viva", una máxima que, por cierto, constituye alimento más apreciado que la pizza para muchos de los que vivimos en la Isla.



Sobresale la contención, la economía de palabras con que son reseñados explícitamente en esta novela los problemas que agobian a Cuba. La atmósfera asfixiante, avasalladora, que rodea a Melisa y sus amigos, el tratamiento de la ciudad como contexto, como escenario y no como gancho para cazadores de paisajes exóticos, conforman la sustancia moldeada por Daína para elevar su denuncia, más clara cuanto más sutil y más irrefutable cuanto mejor demuestra, mediante su cristalina sencillez, que a pesar de Hamlet, aquí los seres humanos sí son flautas que se pueden tocar a capricho.

En medio de la retahíla de textos que engruesan la narrativa cubana de la enunciación, dedicada a describir oprobios a troche y moche, sin ahondar en sus causas y sin desmenuzar sus resortes esenciales, esta novela de verbo comedido, sagaz, se hace notar como los ojos del gavilán en el copo de una ceiba. Ni sol bueno y mar de espumas, ni sexo y tambor en todas las esquinas, ni poses desjarretadas de la carne celestial de Lezama, ni chistecitos extraídos del sombrero, ni pícaros sabrosones, ni mulatas que paralizan el resuello (y cultas, para colmo), ni dicharachos, ni manoteo, ni boleros, ni discursos con más capas que una col. Lo cubano aquí transcurre con la procesión por dentro. Pero su resonancia alcanza tan altos decibeles como la trompeta de Félix Chapotín.

Sólo en muy contadas ocasiones la autora trastrabilla, aunque sin llegar a caer completamente en la trampa de lo socorrido. "Entonces ya sabes lo de las medicinas", le dice Melisa a su amiga Celeste. Y ante la negativa de ésta, suelta el chiste: "Te tocan treinta dolores de cabeza al año". Son truenos sin tempestad. Tan leves que no logran perforar la rica masa de una trama que parte siempre de lo intrínscico, dejando apenas muy diminutas grietas para las enunciaciones trasnochadas.

En cambio, Daína se luce a la hora de abordar asuntos de suma complejidad, sin la menor palabrería, dejándolos caer entre líneas, como de soslayo, a pesar de que soportan cargas fundamentales dentro del argumento. Un buen ejemplo son las relaciones de Melisa con sus padres, los cuales no solamente no la atienden, sino que ni siquiera la conocen, pues al parecer viven inmersos en eso que por acá suelen llamar "la obra de la revolución", como si existiera obra más digna de atención que el desarrollo espiritual e intelectual de los hijos, quienes, a fin de cuenta, serán los encargados de perpetuar o deshacer las "obras" de sus progenitores.

Además de todo lo que es, o no obstante, *Gata encerrada* también puede ser vista (y disfrutada) como la novela de las reencarnaciones. "Está en nuestra naturaleza, persistente a través de las edades, que la inclinación a lo sobrenatural, a lo prodigioso, llegue a vencer sobre el juicio". Son palabras de Ernst Theodor Amadeus Hoffmann. Y



ahora habrá que tomarlas en serio, en tanto se imponen confirmadas letra por letra en el caso de Melisa.

Sin embargo, me gustaría suponer que esa tendencia suya a lo sobrenatural representa ante todo una metáfora. No importa que el numen de la predestinación habite ciertamente en el alma de esta muchacha extraña. Ni que llegue a un punto en que sólo se reconoce en el interminable concurso de sus "otras" vidas.

¿Acaso tiene más alternativas ante sí una joven indefensa, dispuesta a evadirse de las fealdades que la cercan, pero sin que para ello cuente con más armas que la simplicidad de su espíritu soñador?

Melisa busca libertad interior, la de su existencia, la de hoy mismo. Es el único terreno que le es dado conquistar a las personas sensibles dentro de un sistema caótico, vulgar y elementalmente físico, en el que, sin embargo, está negado el principio mismo de la materia, ya que si bien nació un día, según sus propias leyes, no se desarrolla, no se transforma, ni muere. Al menos no con la rapidez deseada por casi todos nosotros, que sería además la conveniente para que la teoría no resulte burlada por la práctica. Así pues, la muchacha emprende su viaje. Mas obsérvese que lo hace sin dejar de reflexionar en torno al odio, el poder, la soledad, el sexo, las relaciones humanas y otras lindezas que sólo pueden ser alcanzadas o enfrentadas con los pies bien puestos en lo firme.

Vistas las cosas de tal manera, me permito una sonrisa cómplice ante el vuelo de Melisa, el cual no se restringe en modo alguno a un sencillo recurso de evasión. Y justamente en ello radica lo mejor, a la vez que lo más inquietante de *Gata encerrada*. Porque si en verdad subyacen en la obra otros códigos secretos, resultaría de rigor preguntarse: ¿Cuáles son? ¿Qué más ha pretendido decirnos Daína Chaviano a través de ese destino que predispone (condena) a las personas para vivir encontrándose siempre, por encima de las latitudes y los siglos? ¿Qué mensaje sublime o terrible se atrevió a extendernos? ¿Qué motivaciones de carácter estético o humanista pudieron inspirar sus moralejas, cuya fuerza poética nos sobrecoge, nos aplasta?

Quien conozca las respuestas, que avise. No soy experto en jeroglíficos del espíritu. Y no me apena. Creo que fue Chesterton quien dejó dicho algo que otra vez nos viene como anillo al dedo: el signo dominante en nuestra época continúa siendo un signo de interrogación.

